

fuerte que las fuerzas humanas, de no detenerla el temor á una genialidad súbita del hijo, bastante eficaz para llevarlo á esgrimir sus armas en Roma, destruyendo los dioses de sus padres y dejando en flor las esperanzas contenidas en el sér de sus propios hijos. Entre sus muchos inconvenientes y vicios, la educación aristocrática lleva consigo tal ventaja, la de adelantarse á los tiempos por venir en el deseo de legar una generación donde se vincule su honor, y la de vivir un poco en los tiempos pasados por el culto á la heredada sangre y á la secular gloriosa estirpe. Como Bruto creyó necesario sacrificar los hijos propios á la república en su guerra con los Tarquinos, creyó Veturia indispensable sacrificar al nombre y honra de los Marcios la vida de Coriolano. Pero confesemos cuánto más costaba un sacrificio de tal extraño linaje al corazón de una madre que al corazón de un padre.

Dirigiéronse al campamento enemigo, cinco millas de Roma, las matronas romanas. El cuitado acababa de talar los campos en que naciera y de profanar los sepulcros donde dormían aquellos que lo engendraran. Aunque por un refinamiento de perfidia perdonaba las propiedades patricias y caía como langosta sobre las plebeyas, tal proceder, aumentando las discordias, aumentaba también los daños y deservía más á la patria común que la

tala, el saco, el incendio, el exterminio de todas. Veturia, por sus años y por sus penas, vacilaba tanto que no podía casi andar. Pero la sostenía su ánimo y la impulsaba su voluntad. Aquellos ojos, acostumbrados á la oscuridad que trae consigo un largo duelo, abríanse á la vista de los monumentos por cuyas cimas resplandecían los más santos recuerdos; aquel corazón, viejo, golpeaba fuertemente á las paredes del pecho y sonaba con sus palpitations en los oídos á la presencia de un pueblo entre asombrado y suplicante. Al ver la ciudad tras tanto tiempo de reclusión, los pensamientos más patrióticos se levantaban en su mente como nubes nacidas de sus hieles exacerbadas y de sus lágrimas inagotables para llorar dolores más intensos y vivir sobre su despedazado corazón. Y pensar que aquellos templos, donde se guardaban los dioses más aceptos á los pueblos y más dignos del cielo; aquellos muros que contenían los destinos de la raza más noble y más ilustre conocida jamás en las historias; aquellas tumbas severas donde dormían los héroes y los mártires, á cuyos sacrificios se despertara en Roma y en sus ciudadanos el presentimiento de la inmortalidad; todo aquello, tan sacro y sublime, obra de tantos siglos á tantos otros siglos transmitible, podía sucumbir porque generara ella un hijo en sus patrióticas entrañas

¡ah! la desatinaba y la hacía concebir el propósito de inmolarlo con su propia mano si no hubiera verdugo que lo inmolarase. Pero desde tales ideas caía en la consideración de cuánto le amaba, de los deseos, y aspiraciones, y esperanzas, y votos puestos sobre su persona, y los sollozos le salían del pecho agudos, estridentes, desgarradores, como al dolor de tremendos golpes é insondables heridas. Mas ante los romanos, para quienes valor y virtud eran sinónimos, no quería cometer Veturia debilidad ninguna que pudiese parecerse á una traición de su alma y á una complicidad con su hijo. Marchaba, y marchaba como si hollase las propias entrañas, como si anduviese sobre su propio corazón y le reventase, cual revienta el vendimiador la uva en los lagares, manchándose y tiñéndose horrorizada con su propia sangre. Todo el dolor de aquel camino de amargura tras días sin esperanza y noches sin sueño y sin reposo, traslucíase á la faz dolorida y llorosa, como de una muerta que ni en la muerte hallara consuelo, y olvido, y paz; extinto en ella todo, menos la horrible capacidad para el dolor y el sufrimiento. Aquel incruentísimo, más horrible holocausto del corazón de una madre amante sobre las aras de su patria moribunda, conmovió de tal suerte al pueblo, que un coro de bendiciones seguía en su camino á Veturia, probada y afligida en tor-

mentos sin fin por penas sin medida. Coriolano, creyendo matar á su patria, ¡oh!, mató á su madre. ¡Quién se lo dijera, cuando su madre había sido el amor de sus amores!

¿Qué haría Coriolano? La majestad austera del pueblo rey representada por sus embajadores, las ideas y los recuerdos comunes despertados por los clamores de su casta patricia resonantes en sus orejas abiertas á todas las fórmulas aristocráticas, los penates domésticos y los dioses patrios evocados por el colegio de sacerdotes ido en procesión á su busca, no despertaron ni un sentimiento en su alma, encallecida del todo, y resuelta con resolución inquebrantable á consumir tan sólo su acerbo desquite. Sentado en su aparatosa tienda, semejante á la de un rey etrusco, respondía con miradas de indiferencia, sonrisas de menosprecio, palabras de negativa y desdén á cuantas súplicas le dirigían, todas impotentes para tocar en su corazón y subir á su conciencia la perplejidad siquiera de quien vacila entre misericordias y crueldades. Todo lo contrario, viendo á sus plantas arrastrarse aquella Roma, vencedora tantas veces de los volscos y de sus ciudades, aun se metía más en las embriagueces de su soberbia y denostaba un pueblo á quien le había sonreído la suerte, no por los soldados que daba él, por los generales que á él sus patricios le daban para

que luego les negase la dignidad altísima de cónsules y los condenara en sus comicios á la Roca Tarpeya ó á la proscripción eterna, cual si fueran los últimos de sus peores criminales. Así, mientras las mujeres iban avanzando hacia su tienda, iba él apercibiéndose á nuevos desdenes y desprecios empeñado en conseguir su desquite y castigar á su patria. Pero estas deliberaciones de su voluntad vagaban por un lado, y lo inconsciente, lo indeliberado, lo misterioso y lo cuasi divino del sér suyo por otro, la chispa eléctrica donde va encerrada la idea como un rayo, el nervio vibrante cual cuerda de lira pulsada por los aires, el golpe de sangre dado al corazón, mil impulsos de los que mueven toda la musculatura y nos impelen á movimientos, no sólo ajenos de nuestra voluntad, á nuestra voluntad opuestos. Las fuerzas [del hombre se quiebran contra lo imposible, y Coriolano había intentado lo absurdo y lo inverosímil, pasando desde mártir y héroe de su patria inmortal á sitiador enemigo. Los arrebatos de cólera, naturales á temperamento de suyo tan fuerte, mantuviéronlo erguido contra tantas reconvenções como salían de aquel suelo profanado por su guerra y contra tantos remordimientos como entraban en su conciencia oscurecida por el vapor ponzoñoso de sus mismas indecibles hazañas. Abusó tanto en las respuestas dadas y en las negativas

implacables del dominio ejercido por su voluntad sobre su corazón y su conciencia, que se agotaban ya las fuerzas morales, y sus ojos, fatigados y enrojecidos por el insomnio, y la conciencia se negaban de suyo á mirar cuanto le circuía. Pero en aquella hora de acercarse la madre, los rumores vagos, precedesores naturales á los sucesos decisivos, le decían con anticipación cómo algún hecho se aproximaba, y así tenía su mirar toda la inquietud propia de quien teme ó espera entre recelos sin número y perplejidades sin medida. La inquietud debía cobrar tal intensidad, que le llevase hasta cerrar los ojos muchas veces, desconfiado de sí mismo. Y como el cielo tempestuoso, y próximo á encenderse y airarse, concluye por cubrirse de nubes que relampaguean, y fulminan, y truenan en todas direcciones, la frente suya, tan espaciosa como profunda, se cubría de arrugas verticales y horizontales, oscuros surcos abiertos á la callada por pensamientos indeliberados é inconscientes, bien tristes y bien adversos, pues si en parte satisfacía el espíritu de venganza por las victorias propias y las humillaciones ajenas, ya no podía dar un paso adelante sin asestar negra traición á sus compatriotas los romanos ni un paso atrás sin asestar negra traición á sus amigos los volscos. ¡Infeliz! Como cuantos dan un paso así, traicionó á todos.

En estos combates consigo corrió por el campamento la noticia de que Roma ideaba una súplica postrera. Y volvió Coriolano á su rígida firmeza. Vigías colocados en ciertas avanzadas debieron decirle que iba una de tantas procesiones como le importunaban en aquel trance, y vuelto de sus incertidumbres á este nuevo aguijoneo, se refugió y encastilló en lo más erguido y empinado de su inflexible voluntad, porque todo podía presentirlo y adivinarlo menos la llegada y presencia de su madre, á quien suponía, en su duro corazón, satisfecha con la venganza conseguida por el idolatrado hijo. Así el rostro suyo tomó la expresión de un soberano desprecio, corroborado por lo erguido de la cabeza, lo irónico de una mirada conocida en la lengua común con la frase mirar de lado, lo fruncido de las soberbias cejas, lo contraído del labio, que parece amargado por un gusto ácido proveniente de la hiel transmitida del herido hígado. Sin embargo, si hubieran llegado á sus oídos los llores que levantaban á las alturas aquellas mujeres, no sintiera, en este minuto supremo, ni tanta confianza en sí mismo, ni de los demás tan soberano desprecio. En su ignorancia de lo que venía sobre su corazón, aguzaba las armas de su orgullo para vencer este último asalto del recuerdo. Acercáronse las mujeres, aquellas mismas con las cuales tuviera el con-

tinuo trato social entre los dos sexos en Roma existente, amigas de su niñez, compañeras de sus juegos, alguna que acaso le sugiriera esas fáciles y fugaces emociones de la mocedad que se llaman los primeros amores, viejas parientes en cuyas rodillas se habría sentado mil veces y cuyos besos habría recibido en la feliz infancia, doncellas núbiles á quienes había visto crecer y prosperar junto á sí; el tropel de innumerables acentos cariñosos, más difíciles de superar que todos los odios y de romper que todas las armas. Pero Coriolano las contempló de hito en hito impasible, como parapetado tras la idea de que aquellas mujeres tan bellas, parecidas á estatuas vivientes de diosas mayores, no tuvieron bastante poder sobre los suyos para moverles á votar el consulado al héroe que los esclareciera é inmortalizara con sus hazañas y con sus sacrificios. Observada la implacable negativa de Coriolano al grupo todo, salió su mujer Volumnia llevando de la mano sus hijuelos. El soberbio se alteró, mas después de haber estrechado contra su corazón efusivamente á la esposa desolada y bendecido y besado la prole, cuyos llores le partían el alma, negóse diciendo cómo al pedirle aquel retroceso en su camino pedíanle su inmediata muerte y su eterna infamia. Pero en esto apareció la madre. Todos los discursos puestos en boca de la matrona

por los historiadores antiguos pecan de inverosímiles y absurdos. En situaciones tales como la de aquella mujer, colocada entre la muerte de su patria y la muerte de su hijo, no se habla con elocuencia ni menos se discurre con frialdad. Veturia indudablemente se arrojó á los pies de Coriolano, dejó caer ambos brazos hasta tocar con ellos la tierra, y levantando los ojos extáticos al fulgor de sobrenatural mirada, le dijo sin palabras y menos sin frases, cómo no les queda ningún otro recurso, ningún otro, más que la muerte de ambos por su patria, muerto él á manos de los volscos y ella muerta tras aquel cruento sacrificio al filo de su dolor. Escenas de tal sublimidad no pueden durar mucho, ni en las tragedias del teatro ni en las tragedias del mundo. Coriolano, en súbita decisión, levantó el sitio de Roma y se fué al suplicio. El amor filial dominó toda su vida y ocasionó su muerte. La Ciudad Eterna, en su agradecimiento, erigió un templo á la Fortuna femenil é instituyó en el templo un servicio religioso y una fiesta de conmemoración. ¡Trágicos personajes Coriolano y Veturia! No debe, pues, maravillarnos que los primeros poetas dramáticos del mundo moderno, Shakspeare y Calderón, hayan tallado inmortales dramas con esta cantera histórica y hayan puesto en escena combates como estos, en los cuales muer-

trase la especie humana tal como es en sí, con su mezcla confusa de pequeñez y de grandeza. Estas admirables figuras históricas de hijo y madre se convierten, merced al tiempo y á su continua labor de creación activa, en ideales que iluminará la humanidad en lo largo del camino, y brillan á una con vivos resplandores en los cielos de la historia. Veturia personificará por siglos de siglos un sacrificio bien penoso: el sacrificio de sus entrañas de madre ante su amor y culto á la patria.